

• TRANSICIONES •

Victor Alejandro Espinoza Valle



Dos noticias

Al parecer cada vez somos más insensibles ante las desgracias ajenas. Es prácticamente imposible señalar una fecha precisa de cuándo empezó la pérdida de la solidaridad, o ya no digamos tanto, cuándo nos ganó la costumbre y extraviamos nuestra capacidad de asombro. Hace unos días, FRONTERA reportó de un caso, que probablemente en otros tiempos hubiera generado una gran indignación, pero ahora no hubo tal reacción. Fueron dos notas relacionadas que pronto se perdieron entre el cúmulo de información. La señora Guadalupe Cortés se había desplazado a esta ciudad proveniente del Distrito Federal con el objetivo de poner a la venta uno de sus riñones para con ello pagar la cantidad de 350 mil pesos que los plagiarios de su hijo de 21 años le exigen para liberarlo. El oficio de la víctima es el de conductor de taxi. ¿Puede alguien imaginar el dolor y la tragedia que embarga a esa familia mexicana? ¿Puede alguien imaginar el horror y la indefensión de esa madre? ¿Alguien se imagina tomando la decisión de la señora que es un verdadero acto de amor?

Las causas de esta tragedia son múltiples; sería casi ocioso disertar sobre las desgracias de los mexicanos a raíz del modelo de desarrollo económico seguido por nuestro país en las últimas décadas. Lo que sí podemos reflexionar es sobre la responsabilidad directa del Gobierno por hacer caso omiso de una tragedia como la narrada. En primer lugar, es evidente que existe un grave problema de inseguridad, que permite actuar con plena libertad a plagiarios que no dudan en destruir a familias enteras con tal de obtener sus medios. La impunidad, ya se ha dicho, está en la base de la inseguridad que hoy padecemos. En segundo lugar, la falta de instancias ágiles que permitan no sólo resolver el problema del plagio; se trataría de que el Gobierno mexicano reaccionara y planteara una alternativa concreta a quien está a punto de vender un órgano preciado de su cuerpo con tal de salvar a su hijo. Es deber del Estado brindar protección a sus ciudadanos. El Gobierno debería de tomar el problema en sus manos y ofrecer una pronta solución. Por absurdo que parezca, podría hasta gestionar un préstamo ante una institución bancaria, y una vez detenidos los delincuentes, obligarlos al pago vía trabajo comunitario o de cualquier otra índole. Se me dirá de inmediato que si de qué país estoy hablando; justamente del mismo del que espero una respuesta y en el cuál quisiera vivir. También me dirán que el Gobierno no puede ir pagando los rescates de todos los secuestrados en México, cierto. Pero lo dramático es que tampoco se ha hecho nada al respecto. Por ejemplo, se podrían congelar todas las cuentas del plagiado y sus familiares directos como se hace en otros países; indudablemente, para aquéllos que no cuentan con recursos económicos la intervención gubernamental sería decisiva.

Me temo que si los plagiarios del joven taxista logran su cometido, se habrá abierto otra vía para que la delincuencia extorsione a la ciudadanía a través de la venta de órganos. Serán los sectores más pobres los que tendrán que mutilarse para poder sobrevivir; qué desgracia de país tan democrático.

La otra nota que me interesa comentar es una de carácter local y provinciano: Se trata de la controversia en torno a los premios estatales de literatura, concretamente el de la rama de ensayo. Dada la situación lo mejor sería declararlo desierto pues ninguna de las decisiones será aceptada por los protagonistas. Hizo bien Gabriel Trujillo en renunciar al premio; creo que a estas alturas Gabriel debería de buscar otro tipo de reconocimientos; ha ganado tantas veces el premio estatal en diferentes categorías que ya año con año se espera con morbo el resultado únicamente para conocer en qué ramas gana el escritor mexicalense. Como ya lo he propuesto, sería muy saludable que los autores que ya recibieron el premio no volvieran a participar; demerita al escritor y a la institución convocante el que se repitan los premiados. Al menos en el mundo académico, quien ha recibido un premio se abstiene de participar de nuevo. En la mayoría de los certámenes literarios la repetición no existe, pero si los autores no se abstienen, la convocatoria lo debería hacer explícitamente. Si alguien ya recibió el premio en varias ocasiones y es poseedor de tan vasta obra, hay otros foros regionales y nacionales en donde ir a buscar el reconocimiento y las bolsas. Además, repetir es de mala educación.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.